

PERFILES DE DON QUIJOTE*

Por JULIO GARCIA MOREJON
De la Universidad de Salamanca.

Desde la primera página del *Quijote* nuestros ojos ven nacer, crecer y desenvolverse en el gentil hidalgo de la Mancha, y prorrumpir al final en práctica resolución, el ideal de la caballería andante, observa Benedetto Croce en su *Saggi di critica e di storia letteraria* (1). Pero Cervantes, con un ágil golpe de intuición, al remover los escombros de la andante caballería, arroja sobre ellos el último jarro de agua fría que precisaban para extinguirse. Y lo que queda en su obra es el ideal, los mismos ideales de la caballería andante, aunque luego vamos a ver de qué manera perviven, pero sometidos a la realidad de los destinos humanos, sobre todo de los destinos humanos de los españoles. Para Ramiro de Maeztu va a desprenderse de toda la obra de Cervantes, desde que don Quijote, *sin dar parte a persona alguna de su intención, y sin que nadie le viese, una mañana antes del día, que era uno de los calurosos del mes de julio, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo, con grandísimo contento y alborozo por ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo*, (2) una filosofía moral muy concreta: "la filosofía que ha llegado a convertirse en máxima universal de nuestra alma española: no seamos Quijotes" (3). Mas otro símbolo de la misma generación, nuestro entrañable don Miguel de Unamuno, va a desgajar del *Quijote* otra filosofía muy sana, de la misma manera: seamos, sí, Quijotes, pero lo seamos como Don Quijote, con humildad, con cristianísima humildad, con el mejor orgullo que puede desprenderse de nuestra humildad, el orgullo de un ideal purísimo, que es el ideal de la salvación de los principios más nobles de la humanidad. Y así, don Miguel comenta la primera salida de Don Quijote con las siguientes palabras: "Así, solo, sin ser visto, por puerta falsa de corral, como quien va a hacer algo vedado, se echó al mundo. Singular ejemplo de humildad! El caso es que por cualquier puerta se sale al mundo, y cuando uno se apresta a una hazaña no debe pararse en por qué puerta

* Discurso pronunciado en Sorocaba, el 7 de junio de 1955, bajo los auspicios de la cátedra de Lengua y Literatura Española de la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras, en conmemoración del 350.º aniversario de la publicación de la Primera Parte del "Quijote".

1) Benedetto Croce — *Filosofía, Poesía, Storia*. Pagine tratte de tutte le opere a cura dell'autore: *Saggi di critica e di storia letteraria*. Riccardo Ricciardi Editore. Milano. Napoli. Pág. 781.

(2) *Don Quijote de la Mancha*, I, 2.

(3) Ramiro de Maeztu — *Don Quijote, Don Juan y la Celestina*, Espasa Calpe S. A. Buenos Aires, 1948, pág. 58.

ha de salir" (4). Y más, añadimos, si esa hazaña es hazaña de Don Quijote. Sí, la primera virtud de Don Quijote es la humildad, y humilde le seguimos, día a día, ganando su humildad en sinceridad en todo instante. Cada tropiezo motiva a Don Quijote ocasión nueva para ejercitar una vez más esta humildad. Don Quijote es como los santos, humilde por naturaleza y por devoción, porque sabe que sólo su humildad conquistará los duros corazones de los hombres. Y es precisamente esta humildad, sembrada de ideales nobilísimos, la que nos presenta a la figura de don Quijote como una figura extraordinariamente simpática, simpática para todos cuantos recorren, detrás de Rocinante, los secos campos manchegos, simpatía que nada tiene de compasión, porque si hay algo que pueda movernos a compasión en Don Quijote es únicamente su empeño en la conclusión rápida de un ideal que hasta el presente no hizo mella entre nosotros, hombres de poco corazón. Simpatía tan verdadera la de Don Quijote que prolonga nuestra admiración por la nobleza de su carácter y por la rectitud de su juicio. De aquí que la risa que su noble figura despierta en sus lectores nunca se estire en carcajada sonora y estridente. Es más una sonrisa aureolada de melancólica y profunda meditación. Se trata de dos faces opuestas que se ofrecen a nuestra consideración, una de las cuales se ríe de la tristeza de la otra. Este es el humorismo de don Quijote, el humorismo de un viejo que "enloquece por madurez de espíritu" (5). Porque Don Quijote, sí, vino a perder el juicio. Porque la fe de Don Quijote era fe, y no esta nuestra, e hizo por nosotros poco menos que lo que por defensa de su fe hicieron los primeros mártires cristianos. Por nosotros, especialmente por los españoles, Don Quijote vino a perder el juicio. No fué, como escribe Cervantes, del mucho leer y del poco dormir, no, sino que fué por amor a su tierra, por amor a los suyos, para redimir de la inercia, de la pasividad, de la conformidad a aquel bachiller por Salamanca, y a aquel cura y a aquel barbero, y a tantos otros antiquijotes que pululan día y noche en nuestras matas.

Así vemos nosotros a Don Quijote. Cervantes lo puso a nuestro alcance para que aprendiéramos una vez más a ser hombros, para que supiéramos que tenemos algo más fuerte que la inteligencia, para que diéramos toda su importancia a la voluntad y al corazón. No puso a Don Quijote ante nosotros para que viéramos en él a un viejo loco, lleno de creencias, quintaesencia de los antiguos caballeros andantes, ni para que viéramos en él a un loco cuerdo que con su falta de sentido de la realidad consiga derrumbar de un manotazo los molinos y después, maltrecho y dolorido, hacernos pensar en el terruño, en el descanso de la muerte, sino que Cervantes puso a Don Quijote ante nosotros, y admitan que intencionadamente ante los españoles, para que por un momento olvidásemos nuestra mezquina condición de adultos y regresásemos a los primeros impulsos de nuestra juventud creadora. Por eso el héroe de Cervantes fué un héroe viejo, como héroes viejos habían sido Julio César y Carlos V,

(4) Don Miguel de Unamuno — *Vida de Don Quijote y Sancho*, "Ensayos" II, Ed. Aguilar, Madrid, 1945. Pág. 87.

(5) *id.*, *id.*, Pág. 83.

pero héroes enloquecidos por su madurez de espíritu, como Don Quijote, y que volvieron su mirada a la edad dorada del corazón. "Don Quijote sale para obtener para su tierra — escribe Pfandl — y para su pueblo aquella edad dorada que tan gráficamente sabe describir (II, 11). Sale para realizar su ideal humanitario completamente antibarroco, cuya quintaesencia se resume en las siguientes cualidades del verdadero caballero: *casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, caritativo en los menesterosos, y finalmente mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida defenderla* (II, 18). Sale para combatir la proletarización del ideal; "pretende vencer al pícaro", como acertadamente ha dicho José María Salaverría⁽⁶⁾. Y para llevar adelante estos ideales que se plantea Don Quijote desde sus primeros pasos era preciso luchar contra la rígida lógica, armónica pero infecunda, y hacer *en seco*, como él mismo dice, sus hazañas, porque si esto hace en seco, *qué hiciera en mojado*, explica Don Quijote a Sancho justificando su locura, o mejor dicho, explicando su locura, porque Don Quijote nada tiene que justificar. Esta sublime locura de Don Quijote, locura que le viene impuesta desde dentro y motivada por la poquedad del medio circundante, hace que surja él, armado de todas las armas del juicio — y no se vea en esto paradoja —, hace que surja el héroe, y el caballero, y el santo, hace que surja el hombre con ímpetus reformadores. Don Quijote va más allá que el Cardenal Cisneros, más allá que Santa Teresa, nuestro andariego quijote femenino, y que San Ignacio, por citar reformadores católicos. Y qué duda cabe que mucho más allá que Lutero, porque la reforma de Don Quijote es de integración, de integración total del espíritu humano en los principios o cualidades ya citados que él atribuye al verdadero caballero, es decir, al hombre. Lo que Don Quijote dice de la orden de caballería no es más que un subterfugio para dar mejor expansión a sus más íntimos ideales. El ideal de la orden de caballería que Don Quijote explana es su propio ideal. Atribuyamos a la humildad de Don Quijote el poner en boca de la andante caballería sus propios pensamientos. Joseph Bickermann, en su obra *Don Quijote y Fausto*, dedica todo un capítulo a estudiar la figura de Don Quijote como reformador del mundo. Bickermann nada encuentra de común entre los verdaderos caballeros de la andante caballería, como Amadís de Gaula, Palmerín de Inglaterra, el rey Artús, y Don Quijote. "Es muy importante anotar que en los libros de caballerías, a cuyos héroes imita nuestro protagonista, no se conocía nada semejante" a los ideales de Don Quijote⁽⁷⁾.

Otra de las cumbres del alma de Don Quijote estriba en su acentuada psicología. Don Quijote es un hidalgo manchego. La Mancha es una región de España austera, calcinada, de dilatados horizontes secos, y Don Quijote se nos presenta aquí, en este cálido y monótono paisaje, monotonía interrumpida por la aparición de algunos molinos de viento, montado sobre Rocinante, rocín

(6) Ludwig Pfandl — *Historia de la Literatura Nacional Española en la Edad de Oro*. Barcelona, 1933. Pág. 325.

(7) Joseph Bickermann — *Don Quijote y Fausto. Los héroes y las obras*. Casa Editorial Araluce. Barcelona, 1932. Pág. 167.

flaco, como su dueño, y envejecido, que no viejo, como Don Quijote también, se nos presenta, decíamos como “la interrogación, en medio de la llanura manchega, del alma y de la nación española”, en frase de Ortega y Gasset. La psicología de Don Quijote va a reflejarnos a cada instante el mundo al revés, “como se proyectarían las cosas de fuera inversamente sobre el telón, cuando entra por una pequeña abertura un rayo de luz en una habitación oscura”, afirma Bickermann (8). Don Quijote vuelve del revés el alma y la sensibilidad de los españoles y quiere que esto, precisamente este revés, sea el que entre en acción, revés que en aquella dorada edad por la que Don Quijote suspira era envés y revés al mismo tiempo. Toda la psicología de Don Quijote está moldeada por estas directrices. El gesto de Don Quijote cuando se nos presenta como reformador del mundo es el mismo gesto de Santa Teresa de Jesús niña y de su hermano Rodrigo cuando — impelidos también por lecturas o narraciones sagradas — salen de su casa de Avila para tierra de moros con propósito firme de ser decapitados. Es la fe por la fe, es la fe que nace del corazón, no de la inteligencia, la fe que mira desde un principio su fin último. Lo que acontece es que Don Quijote sale multitud de veces decapitado, y la primera cuando otorga al mundo y a los españoles, como tributo de nuestros pecados, su locura. Nada nos extraña, pues, que alguien llame a esta epopeya “epopeya profundamente cristiana”. La entrega decidida, vocacional, temeraria de Don Quijote al mundo nos sacude el llanto muchas veces. Y es que el *Quijote* es la obra más humanamente trágica que ha salido de imaginación alguna. Toda la vida de Don Quijote es una continua tragedia, pero una tragedia diferente. Estamos a muchas leguas de la concepción trágica de los griegos. La tragedia de Don Quijote, que provoca inmediatamente la estructura de su psicología, es la suma tragedia del espíritu que lucha por imponerse cuando percibe con claridad, por revelación divina, si queremos, la magnitud asombrosa de su idea y la fuerza inviolable de su pensamiento, fuerza que choca una y otra vez ante los rocosos moldes sobre los que se perfilan los destinos de la Humanidad. De ahí que la tragedia de Don Quijote sea la más sutil y transcendente de que se tiene noticia en la Historia. Toda tragedia es acción, acción llevada a sus más transcendentales consecuencias, acción interna y externa a la vez, acción de los pensamientos, que no duermen, y de las obras, que tampoco descansan. En lo que a esto se refiere nada hay que mejor personifique esta acción que la acción de Don Quijote. “Cuando calla el *homo loquens* que hay en él, surge el *homo agens*, y viceversa”, ya había observado Bickermann (9), aunque refiriéndose a otro aspecto, a otro perfil de Don Quijote. Lo que choca al lector del *Quijote* es precisamente la tragedia de su protagonista, de donde emana ese exquisito y delicado humorismo, nunca superado en la humana literatura. El mayor atractivo de la psicología de Don Quijote surge de sus afanes por enamorar a los hombres con su locura, y la tragedia deriva de que cuando va a ver huir en desbandada un ejército de gigantes la torpe realidad insiste en hacerle ver

(8) id., id.

(9) id., id.

que son carneros. Pero la psicología de Don Quijote se completa al no dar crédito alguno a la realidad, al seguir viendo gigantes. Observemos a Don Quijote y Sancho en amable coloquio. Sancho — I, 31 — está de vuelta del Toboso, y por encargo de Don Quijote ha visitado a Dulcinea. A Dulcinea no, subraya Sancho, sino a Aldonza Lorenzo, a aquella hombruna labradora que era capaz de hacer oír a gritos su voz a los campesinos de la Mancha desde el campanario de la iglesia. Pero escuchemos el sazonado diálogo. Don Quijote le pregunta: *Llegaste, ¿y qué hacía aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas o bordando alguna empresa con oro de canutillo para este su cautivo caballero. — No la hallé — respondió Sancho — sino aechando dos fanegas de trigo en un corral de su casa. — Pues haz cuenta — dijo Don Quijote — que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos. Y si miraste, amigo, el trigo ¿era candeal o trechel? — No era sino rubiñ — respondió Sancho —. — Pues yo te aseguro — dijo Don Quijote — que aechado por sus manos hizo pan candeal sin duda alguna. Pero pasa adelante: cuando le diste mi carta, ¿besóla? ¿Púsosela sobre la cabeza? ¿Hizo alguna ceremonia digna de tal carta, o qué hizo? Cuando yo se la iba a dar — respondió Sancho —, ella estaba en la fuga del meneo de una buena parte del trigo que tenía en la criba, y díjome: “Poned, amigo, esa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que está aquí”. — Discreta señora! — dijo Don Quijote —. Eso debió de ser por leerla despacio y recrearse con ella. Adelante, Sancho...* “...Pero no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto a ella, ¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé qué de bueno, que yo no acierto a darle nombre? Digo, ¿un tuho o tufo como si estuvieras en la tienda de algún curioso guantero? — Lo que sé decir — dijo Sancho — es que sentí un olorcillo algo hombruno, y debía de ser que ella con el mucho ejercicio estaba sudada y algo correosa. — No sería eso — respondió Don Quijote —, sino que tú debías de estar romadizo, o te debiste de oler a tí mismo; porque yo sé bien a qué huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleído. (10)

¿Será que posiblemente Sancho logra convencer a Don Quijote? No, y en esto reside la grandeza del alma de Don Quijote. No es más que la voluntad la que forja el mundo, y lo que la inteligencia no ve la voluntad desmenuza. La voluntad de Don Quijote para suplir a la inteligencia es extraordinaria, y sólo esto hace que podamos ver en los molinos gigantes y las maravillas de la cueva de Montesinos. Don Miguel de Unamuno, al comentar este capítulo en su *Vida de Don Quijote y Sancho*, se dirige sin rodeos al lector con un ruego, con la súplica de que relea “todo este admirable capítulo o diálogo, por cifrarse en él la íntima esencia del quijotismo en cuanto doctrina del conocimiento. A las mentiras de Sancho fingiendo sucesos según la conformidad de la vida vulgar y aparential, respondían las altas verdades de la fe de Don Quijote, basadas en vida fundamental y honda” (11). En la lucha sin cuartel

(10) *Don Quijote de la Mancha*, I, 31.

(11) Don Miguel de Unamuno. *Op. cit.* Pág. 175.

que se entabla en todos los minutos del día entre el caballero loco y la ineluctable fatalidad de la Historia, reside el eslabón de la tragedia de Don Quijote. Don Quijote pretende resucitar un ideal moribundo, mejor dicho, muerto. Pretende sacar a luz nuevamente, mediante el esfuerzo de su denonado brazo, los hechos del Cid, y del rey Artús, y de toda la noble y andante caballería. Resucitar la Edad Media, esta Edad Media que los hispanistas afirman que no se extingue en España durante el Siglo de Oro. Y si alguna obra es la más indicada para demostrar que la Edad Media también muere en España es el *Quijote*, porque Don Quijote tiene que sufrir el choque amargo, no de la desilusión, porque Don Quijote nunca se juzga vencido, sino de la burla, que sabe enaltercerla. La grandeza de Don Quijote deriva en gran parte de la hidalguía con que sabe ponerse por encima de la bajeza de los duques, por encima de las burlas. Pero Don Quijote, a la postre, cuando consiente en retirarse a la templanza de su hogar manchego, piensa hacerse pastor, porque en alma de pastores habitan igualmente los más nobles ideales, y sino tan nobles y completos como en alma de caballeros andantes, al menos más elevados que los que surcan las sienas de los bachilleres, curas y barberos. Ha sido una lucha continua contra la lógica la de Don Quijote, lucha que algunos piensan que acabará con Don Quijote. Pero no, la lógica nunca logrará supeditar a Don Quijote, jamás acabará con el quijotismo, porque el día que acabe Don Quijote será también el fin de tanto bachiller, y el fin de Sancho Panza. Quede para el desocupado lector meditar un poco acerca de esto, quijotizarse un poco meditando, perder un poco de su juicio, de este "juicio" que se nos escapa a chorros de la cabeza sobre todo en nuestros tiempos.

A nosotros ahora sólo nos cabe preguntarnos, como se preguntaba don Miguel: "¿Hay una filosofía española?" Y él mismo se responde: "Sí, la de Don Quijote". Y pocas líneas más adelante torna a preguntarse este "donquijotesco don Miguel Unamuno": "¿Hay una filosofía española, mi Don Quijote? Sí; la tuya, la filosofía de Dulcinea, la de no morir, la de creer, la de creer la verdad. Y esta filosofía ni se aprende en cátedras ni se expone por lógica inductiva o deductiva, ni surge de silogismos ni de labotarios, sino que surge del corazón" (12). He aquí, en breves palabras, la filosofía de España, que es la filosofía de Don Quijote, nuestro héroe, del héroe español por antonomasia, el héroe de los pasados y de los futuros siglos de España, héroe mucho más héroe que el Cid y que Pizarro, porque vive en nosotros con mayor intensidad en nuestro espíritu, porque sintetiza con mayores bríos el complejo de nuestro sentir y de nuestro pensamiento. Por eso la figura de Don Quijote, de este caballero triste de ideales sin par que se desparraman en el viento y que se consumen en la realidad cruda para volver a despertar con ímpetus mayores, se nos presenta tanto más verdadera cuanto más creída, porque es la voluntad quien nos la impone. Ya hemos citado más arriba la filosofía que otro miembro de la generación de 98 desprende de Don Quijote, Ramiro de Maeztu: "No seamos Quijotes — escribe —;

(12) Don Miguel de Unamuno, *Op. cit.* Pág. 325.

el que se mete a Redentor salo crucificado... Sólo el *Quijote* es al mismo tiempo diversión y consejo, pero un consejo que ejerce su influencia especialmente sobre los españoles" (13). Don Quijote, nuestro héroe, no es, ni más ni menos, que el portavoz de nuestra conciencia, el latido hecho voz y palabra y pensamiento de nuestro corazón, la etopeya de un pueblo que mira cuotidianamente al cielo sin desasirse de la tierra, la tragedia de nuestro espíritu. En Don Quijote encarnó Cervantes — y no importa para nada si él se dió o no cuenta de lo que hacía — al Caballero de la Fe, que era la fe de su pueblo, la fe de España, nuestra fe, la misma fe que impulsaba a cientos de españoles de aquel tiempo a llevar a remotos territorios el credo de Jesús Crucificado. Don Quijote representa la síntesis de espíritus como Santa Teresa de Jesús y San Ignacio de Loyola, caballeros a lo divino, y de Hernán Cortés, Francisco Pizarro, el Gran Capitán, caballeros a lo humano. El genio de Cervantes estriba precisamente en haber sabido interpretar, mejor dicho, en haber logrado fundir en una figura de la imaginación estos dos elementos perennes de alma española, encarnando en las figuras accesorias de la inmortal novela los diferentes y sutiles aspectos de nuestra idiosincrasia, y dando vida en Sancho Panza al otro polo importante de nuestra sensibilidad. Pero la grandeza de Cervantes se agiganta en la armonía con que presenta a los dos tipos principales de su obra íntimamente enlazados. "Lo más grande y más consolador de la vida que en común hicieron (Don Quijote y Sancho) es el de no poderse concebir al uno sin el otro, y que muy lejos de ser dos cabos opuestos, como hay quien mal supone, fueron y son, no ya las dos mitades de una naranja, sino un mismo ser visto por dos lados. Sancho mantenía vivo el sanchopancismo de Don Quijote, y éste qui jotizaba a Sancho, sacándole a flor de alma su entraña qui jotésca", escribe Unamuno (14). Ma, nos preguntamos, ¿es que en Don Quijote existe sanchopancismo alguno? ¿Podemos concebir a Don Quijote sancho? Sí, desde que Don Quijote es la más pura encarnación de la entraña castellana, que es la entraña de España, que tiene por norma de conducta moral el ¡no morir!, el ansia de vida inmortal, y no de vida eterna, el sueño de no morir. Y este sueño, que transita la conciencia de Castilla, sólo se manifiesta, sólo se exterioriza desde nuestro qui jotismo, y sólo se publica en los espíritus delicados y tristes cuando piensan en voz alta, como Don Quijote. ¿Y existe qui jotismo en Sancho Panza?, nos seguimos preguntando. Existe, sí, a pesar del "Sancho nació y Sancho pienso morir". ¿No se escucha comúnmente entre los españoles que somos todos qui jotes? Lo somos, sí, pero desde nuestro sanchopancismo, y Sancho Panza fué qui jote desde el momento en que abandonó a su mujer y a sus hijos y dejó su aldea tras un caballero loco que le prometía poco menos que la "dichosa edad" suspirada de los tiempos pretéritos.

Se ha insistido mucho en lo del dualismo manifesto del pensamiento de Cervantes, en este sentido oculto que los españoles de aquel tiempo no supieron, mejor diríamos que no quisieron comprender. Primeramente se veía en el

(13) Ramiro de Maeztu — *Op. cit.* Pág. 58.

(14) Don Miguel de Unamuno. *Op. cit.* Pág. 205.

Quijote una sátira desgarrada y sin piedad de los libros de caballería, y quien se atuviese a las palabras de Cervantes en el "Prólogo" de su obra nada más podría descubrir. Admitido esto, fueron los románticos alemanes de fines del XVIII y principios del XIX quienes vieron en el *Quijote* algo más que una sátira de los libros de caballería. Fueron alemanes, ya se sabe, quienes pusieron a nuestro alcance, al alcance de los propios españoles, la primera interpretación transcendental del *Quijote*, y alemanes fueron quienes descubrieron, los mismos alemanes, nuestro complejo espiritual y racial, quienes primero valorizaron en los tiempos modernos nuestras tradiciones gloriosas y pusieron al alcance de nuestras manos las bellezas inmaculadas y prístinas de nuestros cantares de gesta, de nuestro Romancero, de nuestro teatro clásico, de nuestro *Quijote*, como hemos dicho. Sin dejar de lado el que la obra de Cervantes sea, en efecto, una parodia y una sátira de los libros de caballería, los románticos alemanes sacaron a Cervantes de los estrechos dominios de la sátira literaria, para presentárnosle como un genio, como el representante más conspicuo de nuestra raza. Pero Cervantes muere, por decirlo así, para dejar paso a Don Quijote, y ya no es la figura literaria que vive en función de su autor, sino que el autor se nos presenta en función del héroe de su inventiva. Herder admira la obra de Cervantes como la representación más genuina de nuestro pueblo y contempla en toda ella una maravillosa pintura de España. No estamos con el profesor Montoliú cuando afirma que Cervantes "no hizo más que seguir y llevar hasta sus más últimas consecuencias humorísticas, la corriente irónica aplicada a la poesía caballeresca, que se había iniciado en Italia en la última elaboración de la materia épica y la aplicó a la elaboración española representada por el *Amadís*, cuya idealidad tan grave, tan austera, presentaba tantos puntos vulnerables a la ironía y al humor" (15). No, Cervantes nada de esto tuvo en cuenta, porque Cervantes — conscientemente o no — se sirve de este trampolín satírico y paródico de un género literario tan en boga en aquel tiempo para retratar a todo un pueblo, al pueblo que extendió sus dominios más allá de todos los mares, pero que tuvo que recogerse a la postre al recanto de su aldea, como Don Quijote, donde piensa dedicarse al pastoreo. Cervantes precisaba de un elemento ideal y de otro real, precisaba de un pedazo de cielo y de otro de suelo, para ponerlos frente a frente, para exprimirlos y armonizar los jugos. Y el elemento ideal se lo proporcionaron los Amadises y Esplandianes y Palmerines y las mismas apetencias espirituales de su propia vida. El elemento real, Cervantes lo saca también de la misma entraña de su tierra y de su propia entraña, del elemento picaresco, por así decir, pero de la picaresca honrada, aunque parezca paradoja. ¿No podemos ver en Sancho Panza a uno de aquellos de que nos habla un texto de peticiones de Cortes del año 1659, y que dice: "Una de las cosas que causan haber mucha gente holgazana en estos reinos, es la desorden que los Grandes y Caballeros tienen en recibir en sus casas gran número de lacayos; porque por andar en este hábito, mayormente cuando les dan libreas, muchos dejan sus oficios y otros las labores del campo, lo cual ha venido a

(15) Manuel de Montoliú — *El alma de España*. Barcelona. Pg. 198 ss.

tanto que ya no se hallan peones para cavar y segar ni hacer las otras cosas del campo, sino a muy excesivos precios, y lo peor es, que los tales hombres, puestos en hábitos de lacayos, dejan sus mujeres e hijos, y son rufianes y viven vida libre, harto lexos de parecer cristianos". Sancho Panza encarna así la personalidad picaresca española, con más intensidad que el ambiente general en que se desarrolla toda la obra, también de tipo picaresco. Pero Sancho Panza encarna esta personalidad picaresca acomodando el mundo a su holganza y a su sentido práctico, sin conseguirlo, como tampoco consigue Don Quijote acomodarlo a sus sueños, tragedia que produce en los ánimos nobles toda una vida de reposada meditación. Y Sancho Panza, en manos de cualquier otro, hubiese sido un Guzmán, o un Marcos de Obregón, que luces para ello no le faltaban. Lo que acontece es que Sancho, en vez de irse tras de un Grande, tras de un caballero cuerdo, se va tras de un caballero loco, que es precisamente lo que enaltece su figura, lo que nos le hace más íntimo, más entrañable, más amado. Y de la lucha que se entabla sin cuartel entre el pícaro y el caballero, en que Don Quijote trata de vencer a Sancho y Sancho a Don Quijote, entre la lucha que surge entre el que quiere hacer ver al caballero que los molinos son molinos y el que quiere hacer ver al pícaro que son gigantes, de esta lucha surge la grandeza de la pintura de Cervantes. Lo que sucede es que Sancho Panza, que encarna también el espíritu de España, como Don Quijote, según ha hecho ver bien Ramiro de Maeztu ⁽¹⁶⁾, Sancho Panza siguió al héroe mayor que ha tenido cualquier pueblo, al héroe que hizo en holocausto de su pueblo el mayor sacrificio: la pérdida de su juicio.

(16) Ramiro de Maeztu — *op. cit.*